

y Montbrun pasaron el Zezere á fuerza de audacia y destreza, le echaron un puente de caballetes, y acabaron por establecerse á las dos orillas, sin embargo de serios peligros, pues el puente era tan frágil y el Zezere iba tan caudaloso que la comunicacion se podia interrumpir á cada instante. Con todo, se consolidaron al fin los caballetes, y entrando en Punhete se encontraron allí provisiones. Muy luego hasta se creyó oportuno trasladar á aquel punto el establecimiento y los talleres de Santarem, por ser mas facil de echar enfrente de Punhete el puente, cuyos materiales costaba tanto trabajo reunir sobre el Tajo, á causa de no haber aun recibido allí el caudal del Zezere. Decidióse, pues, que los talleres se trasladaran á aquel pasaje, y como las barcas ya construidas se podian subir por agua, no se perdió nada de lo hecho.

Conquistada Punhete el general Montbrun avanzó con sus reconocimientos hasta las mismas puertas de Abrantes; pero la poblacion de esta ciudad, numerosa y enardecida, apoyada por tropas anglo-portuguesas, habia levantado defensas en torno, y para quitarselas se necesitaba un ataque en regla, ejecutado con artilleria de grueso calibre, y por otra parte este ataque no tenia probabilidad de buen suceso mientras los sitiados pudieran recibir los socorros de lord Wellington por la izquierda del Tajo. Se aplazó pues esta conquista importante hasta que se estuviera en proporcion de operar sobre las dos orillas del rio.

Cuando el mariscal Massena descubrió la posibilidad de establecerse junto al Tajo, de vivir allí y de cruzarlo, aguardando asi sin zozobra las resoluciones ulteriores de Napoleon, dedicó sus cui-

dados á buscar un campamento mas seguro, mas tranquilo, mejor adaptado á sus dos operaciones esenciales, que consistian, segun se acaba de ver ahora, en la creacion de un tren de puentes y en la conquista de Abrantes.

Obligado en este momento á tocar en Sobral con su cabeza y en Abrantes con su cola, nuestro ejército se hallaba demasiado extendido y cotidianamente expuesto á combates mortíferos y sin fruto. Por otra parte, el terreno que ocupaba delante de las líneas inglesas estaba ya devorado, y no era posible subsistir allí por mas tiempo. Massena pensó pues en replegarse algunas leguas á retaguardia, situándose entre Santarem y Thomar á lo largo del Tajo, con una division en Leiria para vigilar el descenso de la Estrella y guardar el camino real de Coimbra, ora contra un retroceso ofensivo de los ingleses, ora contra las irrupciones de los *insurgentes* españoles y portugueses, que iban molestándonos mucho, pues luego de la partida del ejército habian invadido á Coimbra y hecho prisioneros, aunque esta vez sin degollarlos, á los heridos que dejamos dentro de sus muros. Aun colocándonos en la nueva posicion que se trataba de elegir entre Santarem y Thomar á algunas leguas de las líneas inglesas, no nos impedía de ningun modo bloquearlos rigurosamente, á lo menos por la orilla derecha del Tajo, única de que éramos dueños, y á la par nos proporcionaba un establecimiento mas pacífico y mas seguro. Asi tambien se nos ahorraban las cotidianas escaramuzas, que puede apeteecer un ejército poco aguerrido, pero que fatigan inútilmente á un ejército bien probado; y por lo que hace á un ata-

que serio, único deseable para nosotros, no podía ser intentado, á causa de la distancia que nos separaba, sin que el enemigo desenmascarara sus miras, lo cual imposibilitaba toda sorpresa. Por último esta posición nos aproximaba mas á Punhete, donde estaban nuestros talleres, y á Abrantes de que importaba apoderarse.

De consiguiente el 14 de noviembre, al cabo de un mes de mansion delante de las líneas inglesas, trajo Massena su ejército á retaguardia, operación en que desplegó mucho arte. Naturalmente convenia ocultar el movimiento de Junot á los ingleses, con los cuales todos los dias se venia á las manos, sin que le cayeran encima en masa y le hicieran sufrir una gran derrota. A fin de engañarlos Massena hizo correr la voz de que iba á atacar las líneas inglesas, lo cual regocijó á nuestros soldados é inquietó á los ingleses hasta el punto de retenerlos inmóviles detrás de sus obras. Luego mandó á Junot, que estaba en Sobral y hácia la meseta central, y á Reynier, situado en Villa Nova junto al Tajo, que enviaran por delante sus enfermos, sus heridos y la parte embarazosa de su artillería. De noche hizo que Junot levantara á toda prisa su campo, manteniendo sobre las armas á Reynier que mandaba mas aguerridas tropas, y que á mayor abundamiento ocupaba el ancho camino del Tajo, por donde era fácil la retirada. Al amanecer se hallaba Junot fuera de alcance y Reynier empezaba á su vez á levantar su campo, mientras atentos los ingleses á la custodia de sus trincheras, no pensaban en perseguirnos ni por asomo.

Ya habia Ney llegado á Thomar; pasando por Santarem le siguió Junot, y á otro dia Reynier

fué detrás de Junot echando por el mismo camino, y teniendo á su entrada en Santarem una falsa alarma. Cuando los ingleses echaron de ver su engaño, emprendieron trás de nosotros, inquietos con la idea de que pensábamos tomar á Abrantes por asalto y naturalmente con gran prisa por estorbarnos el designio. Llegado Reynier á Santarem, posición dominante sobre el Tajo á donde conduce un camino abierto por entre los pantanos del rio, y que puede ser evitado porque nose enlaza estrechamente con la Estrella, vióse perseguido por fuerzas de consideracion y temió un instante ser envuelto: se turbó de resultas y pidió socorro á Massena, que, desdeñando por extremo su susto, no le socorrió sino tarde. Ninguna consecuencia tuvo la alarma, y antes bien estuvieron á punto de ser copados dos regimientos ingleses que quisieron ganar terreno sobre el flanco de nuestras tropas. Esta aventura solo produjo la fatal consecuencia de que muchos heridos y enfermos del hospital de Santarem, á impulsos de la alarma del gefe, saltaron precipitadamente de su cama, y de que algunos cayeran muertos por las calles.

Bién pronto se hizo pie firme en la nueva posición elegida, estableciéndose Reynier en las cumbres de Santarem, donde estaba cubierto por pantanos, escarpas, barrancos, por las aguas del rio Mayor, y enlazado á la cordillera principal de la Estrella por una brigada de Junot, acantonada desde Tremes á Alcanhede. Solo estaba mal distribuido bajo el aspecto de las provisiones, bien que para resarcirle se le abandonó parte de la rica llanura de Gulgao; hácia el centro de ella acampó Junot en Torres-Novas; Ney situó su cuartel gene-

ral en Thomar, teniendo la division de Loisson en Punhete, dos en Thomar mismo, y una brigada de infantería con toda su caballería en Leiria, al descenso de la Estrella, de modo de ocupar el camino de Torres-Vedras á Coimbra. Así podía cubrir los talleres de Punhete, amenazar á Abrantes y trasladarse por un movimiento de izquierda á derecha sobre Leiria, si lord Wellington trataba de cogernos por la espalda.

Al par que inexpugnable era adaptada esta posición á los distintos objetos en que se tenia puesta la mira, como que estribaban en preparar el paso del Tajo, en tomar á Abrantes, en bloquear, en fin, las líneas inglesas, mientras llegaban los refuerzos pedidos á Napoleon. Habitualmente descontento el mariscal Ney de lo que en el cuartel general se mandaba, hubiera querido que se reuniera todo el ejército entre Leiria y Coimbra; pero desviarse hasta este punto de Lisboa, era empezar una especie de retirada, abandonar la orilla del Tajo, y renunciar al paso de este rio, así como á todo proyecto concerniente á Abrantes, sin proporcionarse mas seguridad, ni mas probabilidades de comunicarse con Almeida. Por el contrario, teniendo únicamente la caballería y una brigada de infantería en Leiria, habia certeza de volver á ganar el camino de Coimbra á Almeida, siempre que se considerara oportuno, sin renunciar á ninguno de los objetos proyectados. Además, teniendo puestos junto á Zezere, se estaba mas cerca de Almeida que en Leiria misma, habiendo proporcion de comunicarse con la frontera española por un camino no tan infestado por las bandas de Trent, dado que pasaba hácia el Sur de la Estrella.

En esta nueva posición pareció el ejército confiado, bastante satisfecho de su manera de vivir y muy esperanzado en volver de nuevo á su empresa, cuando se le juntaran los refuerzos procedentes de Castilla la Vieja por el camino de Almeida ó por el de Badajoz desde Andalucía. Entretanto ocupaban sus brazos y su espíritu los preparativos para cruzar el Tajo y para acometer á Abrantes. Massena dióse prisa á emplear los medios necesarios para hacer llegar á Paris noticias de su situación y de sus necesidades. Si fuera ejército español el que tuviera delante, no hubiera por qué se inquietara mucho, mas necesitando habérselas con un ejército inglés, mandado por un prudente y hábil caudillo, y hallándose á gran distancia de su base de operaciones, en la necesidad de vivir del merodeo durante el invierno que se acercaba, y con el campamento cerca de un rio, del cual tan solo una orilla era suya, al par que poseia las dos su contrario, contando una tercera parte de fuerzas menos que éste, sin municiones mas que para una batalla, por todas partes rodeado de partidas que no dejaban pasar ningun correo, lo menos que le podia acoatecer era no llenar el objeto de la campaña, y retirarse sin forzar las líneas inglesas, pudiendo á cualquier momento experimentar un desastre, si á fuerza de vigilancia, de firmeza y de discernimiento en la eleccion de las posiciones no sabia hacerse inatacable. Determinóse, pues, á enviar á Paris un oficial entendido y bizarro, haciendo que le acompañara un pequeño cuerpo de tropas, ya que solo á esta condicion habia manera de llegar á la frontera española. Para este encargo excogió al general Foix, á quien tenia á sus órde-

nes desde Zurich, hombre de sumo despejo y atractivo, dotado del talento de explicar muy bien sus ideas, y decorado además con una herida recibida en Busaco. Le fió el cuidado de exponer las operaciones del ejército desde su salida de Almeida hasta su establecimiento en Santarem: además de los despachos que puso en sus manos, le encargó que se lo explicara todo al emperador verbalmente, y le pidiera para dentro de brevísimo plazo municiones, víveres, refuerzos, ya por Almeida, ya por Badajoz, prometiendo acabar pronto la guerra contra los ingleses, si á tiempo llegaban estos socorros, y pronosticando grandes infortunios, si se le hacia estar en espera.

No podian, pues, atenerse á distinta conducta que la que observaban en este instante los dos guerreros superiores, á quienes el destino acababa de colocar en las extremidades de Portugal uno frente de otro. Wellington no podia defender mejor el postrer límite de aquel pais, única porcion que le quedaba en el territorio de la Península, y Massena no se podia preparar mejor á atacarlo. De este promontorio extremo iba á depender la suerte de las naciones europeas, como que, una vez expulsados de Portugal los ingleses, todo debia propender á la paz general en Europa, y al contrario, en consolidándose su situacion en aquel suelo, en viéndose obligado Massena á desandar camino, la fortuna del imperio empezaba á retroceder delante de la fortuna británica para abismarse quizá en medio de una catástrofe cercana. De consiguiente la cuestion era de trascendencia suma, bien que dependia menos de los dos generales encargados de resolverla con las armas, que

de los dos gobiernos encargados de suministrarles recursos: á ellos tocaba la solucion de esta cuestion grave, que era no menos que la del imperio del mundo. Ahora se va á ver qué ayuda recibieron estos dos generales, uno de una patria agitada por los partidos, y otro de un soberano cegado por la próspera suerte.

Por serios que sean los apuros de un gefe de ejército en la guerra, hay que guardarse de creer que el adversario no tiene los suyos. Napoleon, que habia adquirido en el mas alto grado la filosofía de la guerra, como los hombres que viven mucho acaban por adquirir la filosofía de la vida, gustaba de decir que despues de una batalla cada cual tenia que *ajustar sus cuentas*, y que si se convencian de esta verdad los generales, no se desanimarian por las apariencias ni aun por la realidad de una derrota, y antes bien perseverando conseguirian á menudo la ocasion de atraerse la fortuna. Con efecto, si Massena se hallaba en una situacion grave, la de Wellington no era desembarazada tampoco; al par que el general francés consideraba difícil tomar las líneas de Torres-Vedras, el general inglés consideraba difícilísimo defenderlas, si los franceses se atemperaban á la conducta mas naturalmente indicada. Asi lord Wellington se hallaba expuesto á dos peligros; uno que los franceses juntaran todas sus fuerzas hácia Lisboa para abrumarle con ellas; otro que el gobierno británico, dividido como debia estarlo todo gobierno libre ante cuestion de tal magnitud, le llamara de Portugal ó adoptara providencias que hicieran su perseverancia imposible; dos peligros que, igualmente graves, aunque no probables del

mismo modo, se presentaban cada cual con harta verosimilitud para inquietar profundamente su alma, por fuerte que fuera.

En cuanto á la concentracion de las fuerzas de los franceses delante de Lisboa, que podia resultar á la vez de llegar las tropas reunidas á las órdenes del general Drouet en Castilla la Vieja, ó de refluir hácia Portugal los ejércitos de Andalucía, era muy de prever, y tan indicada, que se necesitara estar ciego para no temerla. A la verdad se hablaba mucho de la llegada de las famosas divisiones de Essling (las que de manos del mariscal Oudinot habian pasado á las del general Drouet) y de su influencia probable sobre la suerte de la guerra; se hablaba tambien de la aparicion del quinto cuerpo á las órdenes del mariscal Mortier, trasladado de Sevilla á Badajoz, como se ha visto. Relativamente á las divisiones de Essling, recién entradas en el territorio de Castilla la Vieja, lord Wellington, por lo comun bien informado, pensaba que no eran tan numerosas como se pretendia, que hácia el Norte de la Peninsula tendrian harto en qué ocuparse, que á lo mas llegarían á reforzar á Massena por la orilla derecha del Tajo, y que no le llevarían un medio mas de los que tuviera á su alcance para pasar á la orilla izquierda. Aun cuando la llegada de estas dos divisiones fuera un hecho alarmante, habia otro que temer de mas bulto, el de que refluyeran las tropas de Andalucía hácia Lisboa, dado que, parcialmente ó en masa, podían ir á alargar la mano á Massena por la orilla izquierda del Tajo, asegurándole de consiguiente ambas riberas y proporcionándole medios de atacar las lineas de Torres-Vedras con fuerzas

formidables. Tal era el principal desvelo del general inglés, quien temia mas que nada que los franceses, descuidando los sitios de Cádiz y de Badajoz, se trasladasen en masa hácia Lisboa para ayudar á Massena á apoderarse de las lineas de Torres-Vedras. Asi estrechaba vivamente á la regencia española á dar á los franceses cuanta mas ocupacion pudiera delante de Cadiz, á cortar todos los puentes del Guadiana para oponer grandes dificultades á su paso, y á hacer de Elvas, de Campomayor y de Badajoz fortalezas tan importantes que no se atreviesen á descuidarlas para marchar sobre Lisboa. Y como lord Wellington dudaba mucho que sus consejos se siguieran exactamente, hubiera querido convertir la hermosa provincia del Alentejo en un desierto, cual lo hizo con la de Coimbra, para que si la invadian los franceses no pudieran vivir en ella, pero lo solicitaba sin fruto de la regencia de Portugal, que, por quitar víveres á los franceses, no queria privarse tambien de ellos, y que frecuentemente le decia con acritud que, en vez de combatir á los franceses con el hambre, medio igualmente funesto para ambos partidos, haria mejor en combatirlos con las armas y en libertar á Portugal en vez de arruinarlo.

Estas respuestas irritaban al general inglés sin alterar su resolucion muy juiciosa, que era de continuo la de no arriesgar una batalla contra los franceses, estando mas seguro de destruirlos con la miseria que con hechos de armas, dudosos cuando menos, si se determinaba á tomar la ofensiva; por atinado que este plan fuera, costábale no poco perseverar en llevarlo á cabo. Ya los comestibles costaban enormemente caros en Lisboa, bien que

el mar estuviese abierto y protegido por el pabellon de la Gran Bretaña. No faltaba trigo, ni pescado salado tampoco, pero escaseaba mucho la carne, las legumbres frescas habian desaparecido, y los comestibles todos, cualesquiera que fuesen, solo estaban á alcance de la opulencia, hasta el punto de que en lugar de satisfacer al pueblo de Lisboa sus jornales en dinero, hubo que pagárselos en raciones; y hasta fué preciso poner tasa al precio de las habitaciones para los infelices que habian refluído en la capital desde las provincias. A estos vivos padecimientos se juntaban ansiedades continuas, porque á cada movimiento de los franceses se anunciaba un ataque, y se predecia su triunfo. En el ejército inglés mismo, á pesar de su disciplina rigorosa, á pesar de la estimacion que profesaba á su caudillo, se levantaba mas de un murmullo y hasta entre los oficiales. A los soldados de lord Wellington y á los numerosos refugiados tendidos por tierra en medio de las líneas de Torres-Vedras, no convenia estarse á pie quieto, expuestos sobre aquel alto promontorio de Lisboa á todos los vientos del Océano y á no interrumpidas lluvias, en vez de marchar y de combatir, que es para la gente de guerra la mejor distraccion de los sufrimientos. Muchos oficiales se quejaban sin rebozo, escribian á sus compatriotas cartas fatales, y ayudaban á fomentar las inquietudes que sobre el ejército británico se concebían en Inglaterra.

Pocas personas creían en Lóndres, aun entre los miembros del gobierno, que mantenerse en Portugal fuera posible. A cada instante se temía saber que el ejército se hubiera embarcado, y se deseaba que lo hiciera espontáneamente, lejos de

esperar á que los franceses le obligaran á apelar á este último recurso. Asi el ministerio, mas vigorosamente atacado que nunca, no cesaba de recomendar á lord Wellington la prudencia, y de recomendarla hasta importunarle, hasta hacerle temer un próximo abandono, ó cuando menos una debilísima ayuda. Un fatal accidente sobrevenido en Inglaterra habia de súbito agravado la situacion del gabinete y hecho de resultas la de lord Wellington aun mas embarazosa. Jorge III acababa de sufrir en su salud una recaída, siendo atacado de enagenacion mental por segunda vez. De pronto se forjaron ilusiones, persuadiéndose de que sin duda seria pasajero el ataque, y ganóse un mes antes de acudir al parlamento, para adoptar las providencias que requeria tal invalidez de la autoridad real; á lo cual el parlamento y el público se habian prestado de buen grado por respeto á Jorge III y por desvio al príncipe de Gales, llamado á ejercer la autoridad real bajo el título de regente. Sin embargo, despues de esperar lo mas posible, fué necesario dirigirse al parlamento y solicitar que confiriera la regencia al príncipe de Gales, amigo de todos los gefes de la oposicion y de quien por lo mismo no se dudaba que les confiase entonces el mando. Asi el antiguo partido de Mr. Pitt, el único partido ministerial á través de todas las trasformaciones del gabinete británico, el único sobre todo parcial de la guerra, hizo todo lo posible por limitar los poderes del regente, á la par que la oposicion se esforzó por ampliarlos cuanto pudo. A consecuencia de una contradiccion de las muy frecuentes entre partidos, aparecia la oposicion mas monárquica en sus doctrinas y el

gobierno menos en las suyas. Sustentaba la oposicion que no habia ley que dar, porque una ley, segun la constitucion inglesa, suponía la accion de los tres poderes y la sancion real sobre todo, imposible ahora estando el rey incapacitado para todo acto. A consecuencia de tales principios, queria la oposicion que se redujera todo á presentar un mensaje al regente para que ejercitara la autoridad real, que le correspondia de pleno derecho durante la incapacidad de su augusto padre, y para que la ejercitara de plano, pues la autoridad real era una, indivisible, y no debia sufrir aminoracion en ningun caso, si se trataba de conservar intacto el equilibrio de los poderes. Al revés el ministerio sostenia que se necesitaba un bill, supliéndose la sancion real con una orden del parlamento en que se prescribiera á los depositarios del sello real que dicho bill fuera sancionado por ellos; que debiendo ser temporal la autoridad del regente (asi se esperaba á lo menos), no podia ser entera como si fuera definitiva; que seria inconveniente darle facultad para invertir el orden de cosas, de modo que si el rey se restablecia, hallara tan cambiada la marcha del gobierno que no pudiera volver á seguir la política de su reinado. Esta argumentacion era sofisticada hasta lo sumo, y demostraba que el interés extraviaba al ministerio en su lógica, al modo que el interés habia ilustrado á la oposicion en la suya. Pero, hecha la ley naturalmente por la mayoria, se confirió por un bill la regencia al príncipe de Gales, y confiriósele incompleta, pues fué con prohibicion de nombrar pares, de ocuparse en la custodia del rey, de elegir los oficiales de su casa. Con todo, no se le

habia podido privar del nombramiento de los ministros, y se esperaba que para formar el gabinete llamara á lord Holland, á lord Grey, á lord Greenville, deudos ó antiguos colegas de Mr. Fox; pero, aunque el regente no estimara á los ministros actuales, y en particular á Mr. Perceval, temia operar á la sazón un cambio de harta monta, llamando á sus amigos de la oposicion, y cargar con una responsabilidad demasiado grande, pasando al sistema de la paz desde el de la guerra. Antes de resolverse queria saber si la enfermedad del rey seria bastante larga para que valiese la pena de introducir una modificacion notable en la política del Estado, con cuyo fin consultó á los médicos, y expuso á los lores Holland, Grey y Greenville sus dudas.

Esta crisis en los negocios interiores de Inglaterra tenia lugar por diciembre de 1810, época en la cual el mariscal Massena y lord Wellington se hallaban frente uno de otro delante de las líneas de Torres-Vedras. Comúnmente la esperanza redobla el ardimiento y la actividad de los partidos. Conociendo la oposicion inglesa que de un triunfo ó medio triunfo en el parlamento dependeria la conducta del príncipe regente, multiplicaba sus ataques al gabinete, y fuerza es reconocer que los sucesos daban un verdadero valor á sus censuras, que vinieran á ser verdaderas del todo, si Francia hubiera procedido de la manera que debia.

Fuera de las incesantes inquietudes que excitaba la guerra y de las enormes cargas que traían consigo, la oposicion tenia que hacer valer los inmensos daños de una crisis comercial de las mas graves y mas extrañas, á que daban origen las pro-

videncias de Napoleon unidas á ciertas circunstancias. Habiéndose negado á reconocer la autoridad de José las colonias españolas, y aprovechando la coyuntura para declararse independientes, habian franqueado al comercio británico sus puertos. Sabedores los fabricantes ingleses de esta nueva, y obrando con la ceguedad de la codicia, que no es menos grande que la de la ambicion, manufacturaron mucho mas de lo que todas las Américas hubieran podido consumir y pagar sobre todo. Masas inmensas de mercancías enviaron á las colonias españolas, y parte retornó sin que pudiera ser vendida: toda la parte que halló compradores fué pagada en géneros coloniales, que vinieron á aumentar el entorpecimiento del mercado. Mientras acontecian en América estas cosas, los seiscientos ó setecientos buques partidos del Támesis al Báltico con una porcion de surtido, hubieron de tornar, como se ha visto, á Inglaterra en su mayor parte, y de resultas fué extremado el envilecimiento de los géneros coloniales. Además, habiéndose concedido la facultad de depositar en Londres sus mercancías á los colonos españoles y portugueses, y aun á los colonos franceses, cuyas posesiones habian sido invadidas, aumentóse la masa de los géneros exóticos no vendidos hasta el punto de que muchos cargamentos de azúcar, café, algodón, tabaco, madera, añil, no valian ya los gastos del almacenaje. Careciendo de precio el papel emitido sobre estos valores y protestándose las mas veces, el Banco, que lo tenia en su cartera, se hallaba en los mas serios apuros. Una nueva baja habian experimentado los billetes de banco, y el cambio inglés, ya muy á menos, habia descendido de 16 y

17 por 100 á mas de 20, de modo que Inglaterra, obligada este año á pagar en el extranjero muchos centenares de millones para el sostenimiento de su ejército y su marina, ignoraba cómo componerse á fin de realizar estos pagos. Se acababa de votar un socorro de 3 á 6.000.000 de libras esterlinas para el comercio y la industria, débil alivio en situacion tan angustiosa. Unos la achacaban á la imprudencia de los fabricantes, otros al Banco, y casi todos al gobierno que, por su obstinacion en proseguir la guerra, y sobre todo por sus órdenes del consejo, era autor de los males que se deploraban entonces.

Ya se comprende todo lo que una oposicion, próxima á conquistar el mando y sincera además en sus censuras, hallaba que decir en semejantes circunstancias. — Véase, exclamaban los lores Grey, Holland, Greenville, y los diputados de la cámara de los Comunes Tierney, Burdet, Broughan, Huskisson, véase adonde nos ha traído una guerra continuada mas allá de toda razon. Por haber querido humillar á la Francia, se le ha empujado de grandezas en grandezas á la dominacion de la Europa, se le ha hecho soberana de parte de Alemania, de Italia, de España, recientemente de Holanda, y si asi se sigue ¿quién sabe donde parará la extension de su poderio? Percibimos (añadian estos oradores) 37.000.000 de libras esterlinas de impuestos (925.000.000 de francos) y gastamos 56 (1.400.000.000) lo cual exige 19 de empréstito al año (475.000.000 de francos.) Imposible es pedir al crédito cada año esta suma sin arruinarse, y á la par no se pueden aumentar las contribuciones indirectas, habiendo llegado á su último limite las

de consumos, ni tampoco las directas, estando ya el *income-tax* enormemente recargado. Pronto la masa de papel moneda de continuo aumentada, hará imposibles las transacciones mercantiles dentro, é impracticables fuera de los servicios de la guerra y de la marina. Menester es de consiguientemente poner término á esta guerra ruinosa con una paz decorosa, fácil de concluir si se quiere. Las victorias de que se hace gala son el mas peligroso de todos los cebos, pues aunque el ejército británico se haya portado admirablemente, se encuentra en una situacion alarmante para los buenos ciudadanos. Mientras se conceden á su caudillo títulos y pensiones, que merece sin duda, ha dejado que á su vista sean tomadas dos fortalezas importantes, Ciudad-Rodrigo y Almeida: verdad es que ha repelido á los franceses en Busaco, mas para perder al dia siguiente á Coimbra y el Portugal todo. Relegado ahora á una lengua de tierra, donde no vive mas que del pan que le llega por mar, expuesto á un ataque de los franceses, que andarian desaconsejados si no juntaran todas sus fuerzas para abrumarle, no existe sino de milagro y á cada instante puede experimentar un desastre. ¿Qué seria de Inglaterra, si este ejército, nuestra única esperanza contra la invasion, llegara á sucumbir ó á firmar una capitulacion que le constituyese prisionero de guerra? ¿Cuáles son las ventajas políticas, cuales las conquistas territoriales que pueden contrapesar tales peligros?... Asi se expresaba la oposicion todos los dias, y hay que decir que si los ingleses, acostumbrados entonces á impuestos muy gravosos, á un papel moneda desacreditado, á empréstitos anuales, se resignaban á

estos daños en consideracion del desarrollo inaudito de su comercio, se estremecian al pensar en la situacion de su hueste: les hacia temblar la idea de verla expuesta á los golpes de Napoleon, y del todo simpatizaban con la oposicion bajo este aspecto. Por consiguiente el dia menos pensado podia un voto imprevisto obligar al principe regente á mudar de gabinete y á sustituir la política de la paz á la política de la guerra.

Recibiendo el ministerio el rechazo de todos estos temores, de todas estas agitaciones, no cesaba de escribir á Lisboa los despachos mas mortificantes para lord Wellington. Su mismo hermano, el marqués de Wellesley, tocado de la inquietud general, llegaba hasta á temer que su hermano, por obstinacion de carácter, por ambicion quiza, cometiera alguna imprudencia y comprometiera el ejército por permanecer demasiado tiempo en el continente. Llena estaba la correspondencia ministerial con el caudillo inglés de estas aprehensiones, y llena tambien de lamentaciones sobre los gastos excesivos de la guerra, gastos que, prescindiendo del subsidio otorgado al gobierno portugués, no eran menores de 250.000.000 de francos al año, de los cuales 75 ú 80 consumia la flota de transporte. Se le preguntaba si no le seria posible imitar el ejemplo de los generales franceses, que vivian sobre el pais donde hacian la guerra y que si no podria ya pronto pasarse sin aquella inmensa escuadra de transporte, siempre á la vela y que costaba tan cara: se le suplicaba que no se obstinara sin motivo y que se retirara mas bien que exponer en la Península á un grave peligro á aquel ejército británico, tenido entonces por escudo de Inglaterr-